

PREFACIO

La empresa filosófica del joven Heidegger tiene algo propio del experimento o del tanteo. A finales de la década de 1910, un filósofo de apenas treinta años se atreve a hibridar la fenomenología y la hermenéutica, dos orientaciones filosóficas de las más prometedoras del tiempo. Quiere probar si el rigor metodológico de la primera y la ambición de abarcar la realidad humana entera de la segunda no podrían provocar la chispa que tanto ansía –piensa Heidegger– el mundo filosófico después del final de la Primera Guerra Mundial.

La apuesta es interesante y tiene a su favor que las dos maneras de entender el trabajo filosófico nacieron de una inquietud común, la de encontrar un ámbito de realidad que escape a la perniciosa tendencia naturalista –y, a la postre, psicologista– de la filosofía del siglo diecinueve. Según cuentan tanto Dilthey como Husserl en distintos momentos de sus correspondencias y de sus obras, el punto de partida, tanto de la hermenéutica diltheyana como de la fenomenología husserliana, hubiera sido el intento de Dilthey en 1894 de elaborar una «psicología descriptiva» que se ocupara de la diversidad de la vida psíquica, un intento que, en 1900-1901, Husserl llevó a su cumplimiento prodigioso en las *Investigaciones lógicas*. Para nombrar el objeto de esta investigación –que es a la vez el ámbito desde el cual la misma investigación debe surgir–, Dilthey utilizó un término que permitirá tanto a la hermenéutica como a la fenomenología definirse con propiedad: *Erlebnis*. Gracias a la inventiva lingüística de Ortega y Gasset, el término de origen hegeliano encontraría en el concepto de «vivencia» su traducción castellana.

Sin embargo, en 1919, la apuesta de Heidegger tiene también un carácter abiertamente arriesgado. Más allá de esa inquietud inicial común y más allá del encuentro determinante que Husserl y Dilthey tuvieron en Berlín en 1905, la hermenéutica y la fenomenología vivieron un importante desencuentro en 1911 cuando Husserl defendió en la revista neokantiana *Logos* que la perspectiva historicista de la hermenéutica diltheyana conducía a una «filosofía de la cosmovisión» situada en las antípodas del

ideal científico de la fenomenología. Con la muerte repentina de Dilthey el mismo año, era de prever que los horizontes de la fenomenología y de la hermenéutica no volverían a cruzarse nunca.

Para que ello pudiera ocurrir, era necesario concebir una fenomenología con carácter hermenéutico, es decir, una fenomenología que diera cuenta de su carácter histórico pero sin caer en el historicismo. Por otra parte, había que imaginar una hermenéutica con carácter fenomenológico, una hermenéutica que aceptara el estricto método que imperaba en la fenomenología y del cual carecían los escritos de Dilthey. Este novedoso mestizaje tiene lugar en los primeros cursos que imparte Heidegger a partir de 1919. Se trata de una especie de «filosofía de la vida» –una filosofía que brota de la vida a la vez que la toma como su objeto específico– que manifiesta un interés genuino para la elaboración de sus propios conceptos, por su *Begriffsbildung*, y que no abandona en ningún momento la ambición de volver *a las cosas mismas*, a pesar de haber reconocido la historicidad del acto mismo de filosofar.

El libro de Sophie-Jan Arrien habla de esta aplicación del método fenomenológico a las preocupaciones hermenéuticas o, visto desde el otro ángulo, de la «trasformación hermenéutica de la fenomenología» como se ha ido llamando en los últimos años en las investigaciones de Ramón Rodríguez o de Jean Grondin. El libro sigue un método de trabajo que ha ido imponiéndose desde que la obra completa de Heidegger se ha vuelto *inabarcable*: empieza delimitando un período específico y lo trata como un proyecto autónomo, como un proyecto cuya coherencia interna y unidad temática permiten identificar objetivos, métodos y resultados. En el caso que nos ocupa, los límites temporales coinciden, por un lado (1919), con el final de la Primera Guerra Mundial, con el comienzo de la docencia de Heidegger en Friburgo y con su encuentro personal con Husserl; por el otro (1923), con la marcha de Heidegger a Marburgo y con la publicación de la correspondencia entre Dilthey y el conde Yorck von Wartenburg que dará un impulso fundamental a la composición de *Ser y tiempo*, tal y como muestra el tratado *El concepto de tiempo* de 1924 (publicado póstumamente en 2004). La investigación de Arrien, por tanto, termina justamente antes de que comience el proyecto de la «ontología fundamental», ese replanteamiento de la pregunta por el ser sobre la base de un análisis de la existencia humana entendida a partir de la comprensión-del-ser.

El libro trata de abarcar cinco años en la vida de un joven filósofo que, con la publicación de *Ser y Tiempo*, se convertirá muy pronto en uno de los pensadores contemporáneos más influyentes. Sin embargo, la obra de 1927 tiene ambiciones que el joven *Privatdozent* todavía no había advertido. Subrayar el carácter autónomo y original de la empresa que Heidegger llama «hermenéutica de la vida fáctica» supone no pensarla como simple propedéutica para *Ser y tiempo*, y esto a pesar de que el propio Heidegger, hacia el final de su vida, la interpretó más de una vez de esta manera. Arrien mantiene la mirada puesta en los asuntos y problemas específicos de dicha empresa filosófica, evaluándola desde sus propias exigencias y no desde la arrasadora y posterior pregunta por el ser. A pesar de que Heidegger haya a veces pretendido que esa pregunta había sido la suya desde el principio de su itinerario, en realidad tardó varios años en emerger y, antes de 1924, las preocupaciones ontológicas eran más bien secundarias o, mejor dicho, estaban completamente al servicio de la investigación sobre la vida humana, el verdadero núcleo de la filosofía.

Esta «pequeña» diferencia entre un Heidegger en busca de una respuesta a la pregunta por el ser y un Heidegger «solamente» centrado en la cuestión del ser de la vida humana –entre la ontología fundamental y la hermenéutica de la vida fáctica– modifica por completo el rumbo que debe tomar la investigación filosófica. Los textos que componen los primeros años de docencia en Friburgo buscan la manera de convertir la vida en tema filosófico a la vez que elaboran un método que esté a la altura de tal tarea.

En la estela de Dilthey, quien buscó también la proximidad de la reflexión filosófica con la vida misma, Heidegger trata de lo que, por definición, debería escapar irremediabilmente al trabajo filosófico: las vivencias tal y como nos percatamos de ellas antes de elaborarlas teoréticamente. El desafío implica, pues, el planteamiento de una nueva forma de discurso filosófico, de una nueva «conceptualidad» (la de la indicación formal, por ejemplo) que pueda mantenerse en el seno mismo de la vivencia sin convertir a esa última en un objeto de contemplación teórica. De eso tratará la «ciencia preteórica originaria» que, entre 1919 y 1923, recorría los pasillos de la Universidad de Friburgo.

Ahora bien, si se puede abordar la hermenéutica de la vida fáctica independientemente de la ontología fundamental que vendrá después, lo contrario es imposible. La analítica existencial que se elaborará a partir de 1924 o 1925 y que fundamenta el planteamiento ontológico heideggeriano bebe directamente de estos primeros pasos hermenéuticos. De forma

repentina y algo forzada en algunos casos, Heidegger presentará entonces los brillantes planteamientos de principios de los años veinte como si fueran necesariamente requeridos por la propia pregunta por el ser que, en un principio, desconocían. El descubrimiento de la pregunta por el ser y de su importancia no supondrá por lo tanto una ruptura en el itinerario de Heidegger, sino una adaptación de lo ya obtenido a una nueva pregunta que consigue mal que bien recuperar gran parte de sus logros.

La pregunta por el ser ofrecerá sin duda a la investigación heideggeriana una línea rectora clara y permitirá una sistematización más fina de los planteamientos anteriores. Sin embargo, se obtiene a costa de la pérdida de una cierta inmediatez con la vida humana que, sin ser abandonada nunca del todo (al fin y al cabo, el ser no deja de ser aquello que está en juego en la propia existencia humana), es asimilada en un nuevo proyecto en el cual los interlocutores serán los grandes representantes de la tradición metafísica (la tríada Aristóteles, Descartes, Kant) y ya no esos «filósofos marginales» como Pablo, Agustín y Lutero que fueron los primeros «compañeros en la búsqueda» de Heidegger.

El libro de Sophie-Jan Arrien se distingue por su precisión y por su rigor. Escrito de manera extremadamente clara, demuestra un dominio perfecto de los textos heideggerianos, a menudo fragmentarios y complicados, entre 1919 y 1923. Se ha traducido ya al italiano (Turín, Rosenberg & Sellier, 2021) y ha sido objeto de una importante y muy interesante *Disputatio* en la revista canadiense *Philosophiques* (nº 44/2, 2017, pp. 319-382) en la cual intervinieron varias figuras de los estudios heideggerianos en lengua francesa.

Nos alegramos mucho de que el primer volumen de la colección «Fenomenología y Metafísica» de la editorial Guillermo Escolar consista en un estudio tan profundo y preciso acerca de esa etapa fundamental en el pensamiento de Heidegger que fueron los años 1919-1923. El libro de Sophie-Jan Arrien se inscribe en la estela de las grandes interpretaciones de la obra del joven Heidegger que emergieron a partir de los años noventa del siglo pasado cuando se fue completando la publicación de los cursos, conferencias y tratados inéditos. Esto supuso la posibilidad de estudiar la obra de Heidegger alejándose de la prosa «heideggerianista» que imperaba entonces (y en alguna medida hoy todavía) para ofrecer interpretaciones eruditas, contextualizadas y que vincularan la obra con problemas